

El Balauarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO



REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 191

Sevilla—Jueves 22 de Agosto de 1901

AÑO XXV

YA HACE TIEMPO QUE SE FORMÓ

Varios colegas de Madrid se ocupan estos días, como una gran novedad, de la formación del partido católico en España.

El asunto se viene trabajando ya hace tiempo, y en Santander, por ejemplo, funciona un comité o junta, que ya trató de presentar un candidato en las últimas elecciones de diputados a Cortes, así con ese nombre: con el de católico.

Con el título de *El partido católico* publicamos un artículo en nuestro periódico, correspondiente al día 8 de Abril del presente año, en el que denunciábamos en líneas generales, a la opinión liberal del país y a todos los buenos patriotas, la organización de una fuerza política denominada así como queda dicho; pero, claro, como no usamos rotativa ni estamos en el concierto de la gran prensa cortesana de la Corte, pasó completamente desapercibido, y nadie se preocupó entonces de lo que ahora tanto les alarma, cuando han pasado cuatro meses desde nuestra denuncia, que pudieron aprovechar esos grandes diarios para llamar la atención de los liberales y haber hecho una gran propaganda contra esa traición a España y al pueblo, que no otra cosa es ni puede ser la constitución de un organismo político inspirado por Rampolla y dirigido por los obispos y por el Provincial de los jesuitas.

Pero, en fin, nunca es tarde si la indiferencia de ayer sucede una campaña activa y vigorosa para hacer imposible esa gran vergüenza. El factor principal con que cuentan los místicos del sagrado corazón es la mujer, y en la mujer es donde comenzaron a hacerse los primeros trabajos de propaganda; de esa manera artera que tanto distingue a la famosa Compañía, y nosotros sabemos que en muchos hogares ha habido gravísimos disgustos entre los esposos por resistir el marido a los ruegos de la esposa, que le pedía que inmediatamente fuera a afiliarse a la nueva agrupación; porque han de saber nuestros colegas, que en muchas ciudades españolas, capitales y no capitales de provincia, existen centros de reclutamiento y se hacen trabajos para aspirar a la representación en los municipios en la próxima renovación de la mitad de los concejos.

Los personajes que entran en la conjura, salvo raras excepciones, por lo que a los liberales se refiere, son todos esos a quienes hemos visto desfilar por los ministerios; los que se han enriquecido durante el período de la restauración y de la regencia; los grandes empresarios de la fortuna nacional; los que han asaltado la fortaleza y se han erigido en tutores de España y de los españoles, sin que nosotros los hayamos nombrado ni la nación les haya otorgado semejante título.

Es toda la reacción que se suma contra los verdaderos liberales, todo el pasado que no se viene a perder su presa, y que aspira a eternizarse en el mando, ejerciendo la tiranía místico-celestial con que se conocerá en la historia este período de baldón y de vergüenza.

Este régimen, ó el imperio del carlismo, les es igual el objeto es dominar, y si llegara a implantarse la República, el partido católico, ya organizado y preparado, reuniría a su lado todas las fuerzas enemigas del régimen democrático.

Por esto, cuando nosotros nos apercebimos de lo que se tramaba, excitamos el celo de nuestros colegas y requerimos la atención de nuestros lectores contra esa falange, que ya de una manera desocada se lanza a la vida política para servir los intereses del Vaticano y de Roma. Lo mismo que hicieron en Filipinas los frailes, capitaneados por el obispo Nozalada, hará en la península el partido católico. Cuando aquellos vieron vencidos a los españoles, trataron de echarse en brazos de los yanquis, porque, ante todo y sobre todo, Roma y las comunidades.

Pues ahora, si los dejamos, si consentimos esta nueva vergüenza, ó seremos siervos de Roma ó súbditos de cualquiera potencia extranjera, a quien abrirá gozoso las puertas de la patria ese partido de místicos devotos, hipócritas taimados, gente toda que no tiene noción de patria, ni de familia, ni otra aspiración que el ser-

vicio de la Iglesia, porque a su sombra dominan y se enriquecen.

Por esto nosotros venimos de antiguo sosteniendo la tesis de que es preciso desligar al Estado de todo compromiso de confesión religiosa, y necesario, de toda necesidad, descatolizar al pueblo. Allí donde la religión católica no es más que una de tantas, sin haber dominado ni intervenido la vida y la acción del Estado, no hay temores de dominación; pero en países como el nuestro, donde hasta los obispos han sido guerreros y señores de horca y cuchillo, con el correspondiente derecho de pernada y todo, no es posible admitir transacciones, y hay que dar la batalla al catolicismo, porque el catolicismo es el Papa, la mesticería, la Compañía de Jesús y los frailes todos, y todo esto es infecto y mal sano, y para evitar el contagio hay que destruir el foco infeccioso.

El partido católico viene a eso, a hacernos súbditos del Papa descaradamente, y nosotros no tendremos vergüenza si toleramos que se desarrolle y viva.

A. A.

Murmuraciones

Hoy viene terrible *El País* de Madrid contra nuestro virtuoso arzobispo, a quien le dice infinidad de perrerías.

¡Qué escándalo!
Ya no se respetan los altos prestigios, las renombradas virtudes de esas figuras venerandas de la Iglesia católica apostólica sevillana, ilustres varones en la ciencia de apandar toda clase de conquis para mayor gloria de Dios y tranquilidad de la familia.

¿Dónde vamos a parar por este camino?
La consolidada reputación de nuestro amantísimo prelado puesta en entredicho por la generalidad de uno de esos escritores asalariados—¿no es así como se llama al que cobra por su trabajo?—que no respetan lo que es más respetable, ni tienen en cuenta para nada el cartel que se ha granjeado con su virtud, que está a la altura de la Pura y Limpia Concepción...

La criminalidad periodística, falta de otros asuntos en que ocupar su pecadora pluma, se emplea en arrojar el fango de la maldiciencia sobre este ilustre pastor, cuyas ovejas frecen a diario la vida en holocausto de su preciosa salud, y por cuya razón tendrá más vida que Matusalen, so pena que unas traídas calenturas nos lo quite de enmedio el mejor día, apesar de la buena voluntad de sus diocesanos amantes...

Esas lenguas viperinas y mordientes, que escupen el veneno de la envidia y la acerba crítica de la impiedad, deberían ser cortadas a cerrea, castigo eminentemente católico que ejercitaban de manera muy diestra en la Santa Inquisición, por la que suspira—¡bien sabe Dios con cuánta razón!—esta noble, esta virtuosa, esta gigante figura de la Iglesia, cuyo capelo cada día huey más, no obstante los rezos y rogativas y funciones y donativos que se ponen en práctica para conseguirlo.

Mengua de esta España católica es la benevolencia, la libertad que se le otorga a esa prensa descaradamente impía, que con la mayor crueldad saca a luz esos vicios, esos abusos, esos delitos que, por ser genéricos y de reglamento en el episcopado español, deberían permanecer ocultos, para que la fe, la sacrosanta fe, no decaiga, para bien, tranquilidad y provecho de la Iglesia católica, nuestra santa madre, y del Papa, nuestro santo papa.

Deberían prohibirse terminantemente esas manifestaciones, porque causan desdoro a lo más sagrado, a lo más respetable, a lo más santo... por lo más santo, lo más respetable, lo más sagrado para el pueblo español, debe de ser la barriga, el caudal de sus obispos, y por ende, la santa Religión, sin la cual no puede existir la sociedad, ni la familia, en el orden civil; y en el orden vegetal, y cereal no existirían los melones ni el trigo; y en el orden moral, el respeto profundo que debe de inspirar siempre la virtud, personificada de real orden en todas aquellas personas que logran ocupar ciertos puestos, y cobrar ciertos sueldos, a costa del grande sacrificio de ir echando bendiciones a pelón.

Si nosotros protestamos con toda nuestra alma—antes que lo haga *El Noticiero Sevillano*, para cogerle la vez—de las frases agresivas, del irrespetuoso artículo publicado por ese papelucho llamado *El País*, y del que se tiran 75.000 ejemplares, modestísima tirada que da clara idea de que la impiedad es una campana muda, que no tiene eco en nuestra España católica apostólica romana.

¿Qué son 75.000 ejemplares para catorce millones de habitantes, de cuyo número la mitad

más uno no sabe leer ni escribir, aunque si rezar y hablar mal de todo Cristo?

Protestamos de todo corazón, y bien sabe Dios que, si estuviera en nuestras manos, ese papel impío dejaría de ver la luz pública, y los que escriben en él estarían en presidio, que es el sitio en donde debieran de estar para tranquilidad de la santa Religión y notable triunfo de la Iglesia nuestra madre.

(Léase *El País* fecha 21, que viene bueno.)

**

Los ejercicios marítimos de nuestra escuadra invencible ya han comenzado muy serios... Los telegramas nos dicen que iba la escuadra en dos filas... ¡Esto sin llevar los diques! ¡Las olas del mar Cantábrico tengan piedad, y nos cuiden esos restos gloriosísimos que tanto dinero esprimen del nacional presupuesto de esta nación infelice!...

**

Los periódicos locales publican la siguiente noticia sin comentario:

«De orden del señor Alcalde se cita a la persona que se crea con derecho a la propiedad de un reloj encontrado en la vía pública, para que se presente en el Negociado de gobierno de la secretaría municipal, donde le será entregado, previa justificación de su pertenencia.»

¡Excuso decir a ustedes qué tal será el reloj! De esos de a real que venden en los puestos de baratijas.

Bien podía el señor Alcalde rifarlo entre los individuos de la guardia municipal, a ver si se conseguía que llegara *uno siquiera* en punto de evitar una pelea.

¡Porque siempre llegan tarde!

**

¿Conocen ustedes a Necedal, el jefe de los íntegros, el que fundó en Sevilla, en la honrada compañía de los Benjumeas, el partido político que tiene por jefe a la *Virgen Santísima*, según las propias raves de dicho señor?

¿No lo conocen ustedes?

Pues... hé aquí el retrato que hace de él un sacerdote católico en una Revista católica:

«Quien conozca a Necedal conoce al tipo clásico del jesuitismo. Por la mañana ayuda a misa, sirviendo de monaguillo, con una compostura verdaderamente jesuitica; y si es preciso comulga con una compunción exterior que maravilla; reza el rosario alto, para que le oigan bien, y luego... se entrega a todos los excesos de la fra, de la maldiciencia, del odio y del furor. Finge como el mayor belaco, miente, inventa, insulta: su lengua y su intención no tienen freno... Con todo, es un cobarde. Jamás se ha atrevido a luchar con enemigos que puedan contestar con un bofetón a una grosería suya.

En Madrid se le conoce por el tartufo de la prensa. Se ha hecho insupportable a todos los partidos; en el suyo propio se ha hecho incompatible con todos los que algo valían. Evidente, suspicaz, ruin, pequeño en todo, todo el mundo le huey y le rechaza, sabiendo que es inútil para hacer bien, y que sirve solamente para hacer daño.»

Le doy mi más cariñosa enhorabuena a la Virgen Santísima por el prestigioso campeón que tiene en la tierra haciéndole propaganda.

**

Un celebrado actor cómico a una tiple se ha llevado; la policía los busca, pero no los ha encontrado.

En terrible compromiso ha de encontrarse ese actor: ¿qué va a hacer con esa tiple si no tiene apuntador?

**

A la hora que concluyo la presente sección, todavía no ha comenzado la corrida municipal anunciada para hoy.

El público va camino de la plaza con deseos visísimos de ver por el aire una de dos cosas:

- o la dimisión,
- o la dignidad.

CARRASQUILLA.

Los deberes del soldado

Pasando a principios de Noviembre por la ciudad de Tula, vi en la puerta de la Municipalidad esa multitud que conozco tan bien y en cuyo murmullo se mezclaban las voces agudadas de los hombres y los lamentos de las madres y las esposas. Era el Consejo de Reclutamiento. Nunca he podido pasar ante ese espectáculo sin

detenerme un rato a contemplarlo; me atrae con una especie de fascinación. Me introduce entre la muchedumbre, mirando, interrogando, y me sorprendió la libertad con que, en pleno día, en el mismo centro de la ciudad, se cometía este gran delito.

Como todos los años, el 1.º de Noviembre, en todos los pueblos de esta Rusia que tiene cien millones de habitantes, los *starosti* (1) han reunido a los reclutas, tal vez a sus propios hijos, y los han conducido a la ciudad. Por el camino se han entregado a la bebida, sin que los ancianos pensaran en contenerlos, ya que la insensatez de abandonar esposas, madres, todo lo más querido, para ser transformados en instrumentos pasivos de destrucción, sería demasiado cruel si no se aturdiera con el vino.

Y ahí van, arrastrados en los trineos, blasfemando, cantando, chocando unos con otros, pasando las noches en las posadas. La mañana que llegaron vaciaron algunas copas más para criar ánimo y se amontonaron confusamente delante de la municipalidad.

Y ahora están allí, cubiertos con sus pieles de carnero, con los ojos hinchados por la borrachera, los unos lanzando gritos salvajes para excitarse, callados y tristes los otros; se amontonan en la puerta, cada uno esperando que lo llamen, rodeados por las madres y las esposas aflijidas. Otros están aglomerados en el vestíbulo.

Dentro, mientras tanto, el trabajo anda rápidamente. La puerta se abre y la guardia llama a Pedro Sidrow. Entremetiéndose, el joven se persigna y entra en un gabinete con puerta vidriera, donde los reclutas se desnudan. Un compañero suyo, a quien han declarado útil para el servicio y que sale de la sala de visita, se viste, temblándole las mandíbulas, apresuradamente. Sidrow comprende por el rostro del camarada que lo han declarado útil. Desearía interrogarlo; pero lo apuran y le ordenan que se desnude ligero. E joven suelta la piel de carnero, se quita los botines, luego el chaleco, tira la camisa dándole vueltas, y desnudo como Dios lo hizo, temblando de pies a cabeza, exhalando un hedor a vino, a tabaco y a sudor, entra en la sala del Consejo, no sabiendo cómo poner los brazos musculosos.

En la sala, en el sitio de honor, suspendido de una cornisa dorada, está un retrato del Emperador, en uniforme de parada, adornado con el gran collar, y en un rincón una pequeña imagen de Cristo, encueros, coronado de espinas. En medio de la sala hay una mesa de paño verde, con papeles encima; alrededor están sentados los miembros del Consejo, con el aspecto de personas seguras y tranquilas. Uno fuma un cigarrillo; otro hojea un legajo de papeles.

Apenas entra Sidrow, la guardia lo toma, lo coloca bajo el medidor, levantándole bruscamente la barba y le arregla los pies. El hombre del cigarrillo, el médico, se le acerca, y, sin mirarle la cara, palpa con repugnancia el cuerpo del recluta, lo mide, le escucha el tórax, le hace abrir la boca por la guardia, le hace respirar, hablar. Alguien escribe alguna cosa. Al fin, sin mirarle la cara una sola vez, dice:—Bueno, que venga otro.—Y con aire cansado vuelve a sentarse.

De nuevo el soldado empuja al joven y lo apura. Este se acha la camisa encima, a la ligera, sin poder encontrar la embocadura de las mangas, abotónase como puede los pantalones, busca el gorro, el chaleco, mete la piel del carnero bajo el brazo y es reconducido a la sala del Consejo, separado de los demás por un banco. Allí esperan los reclutas que han sido declarados útiles para el servicio.

Un joven, campesino lo mismo que él, pero de una provincia lejana, ya soldado hecho, armado de fusil y con la bayoneta calada, lo vigila, pronto a pasarle de parte a parte si llegara a darle la locura por huir.

Entretanto, la muchedumbre de los padres, de las esposas, rechazadas por el policiaco de guardia, se amontona en la puerta, ansiosa por saber quién ha sido declarado útil, quién está salvo.

(1) «Starosti», literalmente «ancianos», especie de alcaldes electivos nombrados en Rusia por los jefes de familia de cada población rural.

Sale uno de estos últimos y dice que á Pedro se lo llevan, y en el mismo instante se oye un grito de la mujer de Pedro, para quien estas palabras «se lo llevan» significan separación por varios años, la triste vida de la mujer del soldado, que tiene que ir á buscar una plaza de sirviente.

Pero llega en carruaje un hombre de larga melena, y vestido de un modo diferente de los demás, y se acerca á la puerta de la municipalidad. El policiazo le abre paso entre la multitud. Es el «padre», el sacerdote, que viene á hacer prestar juramento. Este hombre, á quien le han hecho creer que es el servidor particular y exclusivo de Cristo, y que, por lo regular, obra inconscientemente, sin darse cuenta de la mentira que lo rodea, entra en la sala del Consejo, donde los reclusos lo esperan. Y echándose al cuello una estola llena de adornos, abre ese mismo Evangelio que prohíbe los juramentos, toma la cruz, pone ambas cosas sobre el atril, y todos esos infelices, inermes y engañados, repiten junto con él la mentira que pronuncia con un tono franco y habitual.

El lee y ellos repiten: «Prometo y juro en nombre de Dios Omnipotente y de su santo Evangelio... etc.» defender (con el asesinato, se entiende) á todos los que se me designe y hacer todo lo que se me ordene por hombres que yo no conozco y que tienen necesidad de mí para oprimir á mis hermanos y cometer las maldades que los mantienen en su posición.

Todos los reclusos repiten estúpidamente esas palabras salvajes. Luego, el que se dice «padre», se va, convencido de haber cumplido conciencia y correctamente con su deber, mientras esos jóvenes engañados, víctimas de la más horrible mixtificación, quedan con el convencimiento de que las palabras necias é incomprensibles que acaban de pronunciar les eximen durante el tiempo del servicio de todo deber humano, imponiéndoles otros más rigurosos: los deberes del soldado.

Y este acto se lleva á cabo públicamente, sin que nadie grite á los engañadores y á los engañados: «Reflexionad: esta es la más vil y pérdida de las mentiras, que pierde vuestro cuerpo y vuestra alma.»

Ninguno se atreve. Por el contrario; concluida la operación, como para burlarse de los reclusos, el coronel, con un aire solemne, entra en la sala donde están encerrados, y militarmente les grita: «Buen día, muchachos; os felicito por haber entrado al servicio del Czar.» Y los infelices (alguien ya les ha enseñado) tartamudean con su lengua sosa y atascada por la orgía reciente algunas palabras con que quieren, al parecer, manifestar su satisfacción.

Fuera la multitud de los parientes está siempre esperando. Las mujeres, con los ojos enrojecidos por las lágrimas, tienen la vista fija en la puerta. Esta se abre al fin, y los reclusos declarados útiles salen vacilantes, pero ostentando valor. Evitan las miradas de los parientes.

De pronto estallan los sollozos y gemidos de las madres y las esposas. Unos se arrojan en sus brazos y lloran; otros toman una actitud desentendida; algunos tratan de consolarlas. Las madres las esposas, sabiendo que quedan abandonadas, privadas de su ayuda por años y años, gritan y se quejan en alta voz. Los padres se muestran sobrios de palabras. Saben que no verán más á sus hijos, formados, educados por ellos, que no serán más cultivadores buenos y laboriosos, sino que volverán disolutos y corrompidos en su mayoría, perdidas las costumbres de la vida sencilla.

Finalmente, la multitud vuelve á ocupar los trineos y empieza el desfile en dirección á las posadas y á las tabernas, entre la confusa algabarra de las canciones, los llantos, los gritos de los borrachos, las notas de los «harmoniums» y las blasfemias. Van á derrochar los últimos «kopeks» en las tabernas y los bodegones, cuyo comercio forma una de las entradas del gobierno. Y empieza la batahola que ahoga en ellos el sentimiento de la injusticia de que son víctimas.

Por dos ó tres semanas permanecen en sus casas, durante las cuales se embriagan casi sin tregua. Después, en el día fijado, son acorralados como una majada y se empieza á enseñarles los ejercicios militares.

Los instructores son hombres como ellos; pero que han sido engañados y embrutecidos algunos años antes. Medios de instrucción: la mentira, el embrutecimiento, los azotes, el aguar-diente. No es necesario más de un año para que esos jóvenes, sanos de cuerpo y espíritu, inteligentes, buenos, se conviertan en otros tantos salvajes como sus instructores.

—¡Bien! ¿Si tu padre, preso, quisiera huir?—preguntó á un joven soldado.

—Lo traspasaría con la bayoneta—me con-

testó con esa voz estúpida que es especial en los soldados—y «debería» hacerle fuego si llegara á escapar—agregó, visiblemente orgulloso de saber lo que debía hacer en caso que su padre huyera.

Entonces, cuando el niño ha llegado á descender más bajo que una fiera, se convierte en lo que debe ser para los que lo emplean como instrumento de violencia. El está pronto. El hombre ha desaparecido y una nueva máquina de opresión ha quedado en su lugar. Y todo esto se comete todos los años en todas partes, en toda la Rusia, en pleno día, en medio de la ciudad, á vista y á sabiendas de todos, sin que nadie, aun reconociendo en el fondo del alma toda la insidia y el horror de este hábil engaño, pueda emanciparse de él.

LEÓN TOLSTOI.

De actualidad

En Soria las tormentas han arrasado las cosechas; en el término de Agreda las pérdidas ascienden á un millón de pesetas; las autoridades piden auxilios al Gobierno; los pueblos están comunicados.

En Lugo, por desprendimientos de tierras, hay trenes detenidos.

Málaga.—Solucionada la huelga de viñadores, accediendo los patronos.

La Cámara Española de Comercio en Londres ha adoptado disposiciones para organizar la enseñanza de la lengua castellana y facilitar relaciones comerciales entre ambos países.

San Sebastián.—Al regreso de la escuadra se celebrará en Miramar una *Garden Party*, y en el Casino fiesta en honor de la oficialidad.

Bilbao.—A las cinco de la tarde señaló el semáforo la presencia de la escuadra. Momentos después anclaba el *Giraldá* en Portugalete. Travesía feliz; recibimiento entusiasta.

En Vigo fondeó el vapor francés *Constantine*, con 21 tripulantes y 5 pasajeros, y el griego *Emmanuel*.

Ambos chocaron á las cuatro de la madrugada, cerca de Corrubedo, á causa de la niebla. El *Emanuel* fué embesuido por la popa, yéndose á pique ensoguado. Era nuevo, de 300 toneladas, y procedía de Cardiff. El *Constantine* sufrió destrozos en la proa. Dirigíase al Havre y procedía de Málaga.

La Unión Nacional ha enviado circular pidiendo antecedentes para formar voto particular á los presupuestos.

Coméntase la conferencia celebrada en San Sebastián por Romero y el marqués de Pidal, atribuyéndole importancia política.

Celebróse la primera sesión de la Asamblea del Magisterio, asistiendo 40, representando á 1,200 maestros.

Aprobóse el Reglamento de la Asociación Nacional. Seguirá ocupándose la Asamblea de las reformas de enseñanza.

Dicen de París que la revista militar á presencia de los czares y de Loubet será el 18 de Septiembre en Reims, tomando parte en ella 150,000 soldados.

Espéranse brindis significativos. La prensa francesa considera la visita como garantía de la paz de Europa. Créese que tratarán de la cuestión de Marruecos, firmando un convenio.

Es probable que se prolongue la estancia de los visitantes para ir de incógnito á varias poblaciones del centro de Francia.

Dicen de Heskner (Estados Unidos) que en la estación de la línea férrea ha habido explosión de dinamita, resultando 13 muertos.

El periódico de París *La Patrie* inserta un despacho de Tolón manifestando que se espera orden de partida con rumbo á Levante de la segunda división naval, en vista de que los sucesos toman giro grave.

Se le ha ordenado se provea de víveres.

En Piersecity (Estado de Misuri) el populacho linchó á dos negros, quemando vivo á uno. Acusábaseles de asesinato de una blanca. Después los amotinados invadieron el Arsenal, apoderándose de armamentos é incendiando las casas de los negros.

Naufragó un navío alemán en la costa de los somalis.

Pérdidas mercaderías valuadas en 120,000 libras.

Un vapor inglés salvó á los tripulantes.

Los indígenas saquearon el navío. Los disparos del crucero italiano *Colombo*, mataron á muchos.

En el incendio de Grandbourg, isla de María Galante, ardió las cuatro quintas partes de la población; pérdidas enormes; millares de criaturas sin albergue.

San Sebastián: A las ocho de la mañana, la escuadra estaba á la vista del puerto parando las máquinas.

El *Temerario* regresó á Guetaria para notificarlo. En los caminos y muelles la multitud presencia la entrada.

Acuden numerosos vaporcitos. A las diez embarcaron los reyes en el *Giraldá*, saliendo á recibir á la escuadra.

Disparáronse 380 cañonazos. Los barcos en dos líneas llegan á la boca del puerto. Vivas y aclamaciones. Forman las cabezas el *Pelayo* y el *Victoria*.

En Villares de Orbigo (León) esta madrugada la inundación ha destruido las cosechas. Inundadas Moral, Villares, Santibañez y San Félix.

Muchas casas ruinosas: enormes pérdidas.

En Armenia hay graves desórdenes, numerosas víctimas: declarado el estado de sitio.

El embajador de Francia presentó al gobierno turco el ultimatum.

Napoles: Inundóse la bodega del vapor español *Guernica*, viéndose en peligro 600 emigrantes. Los bomberos evitaron la catástrofe.

Urzaiz ha concedido un crédito de cuatro millones de pesetas para pago de alcances á los repatriados. Van pagados 40 y faltan 43.

En Palazuelo (Segovia) un rayo incendió los ranchos de los ganados, prendiendo en cinco edificios que quedaron destruidos, sin víctimas.

En Caen (Francia) naufragó una lancha: cinco ahogados.

El sábado los colombianos tomaron la ciudad de Emperador, saqueando los comercios. La plaza estaba desguarnecida.

El gobierno yanqui ha ordenado con urgencia que la escuadra del Norte marche á Panamá desembarcando enseguida tropas. Formanse regimientos. El hecho causa sensación en América.

A Barcelona llegó Weyler. Recibieron las autoridades. En la Capitanía recibió comisiones de generales, jefes y oficiales. Preguntado por su opinión respecto de las Baleares, contestó: «Lo que sea, sonará.»

Un gran aventurero

Acaba de morir en Hungría un viejo que, hasta hace poco tiempo, ha corrido sin dar, se punto de reposo por todos los países del mundo.

Empezó siendo gran señor, se convirtió en soldado, fué marino luego, y cuando ya las fuerzas no servían sus ímpetus, anduvo errante de ceca en meca, y nunca paró mientes en la tierra que pisaba ni en el oficio que ejercía.

A los veintidos años—hace de esto más de cincuenta—quedó huérfano y dueño de una fortuna cuantiosa y de un nombre ilustre, el de Fedjatz de Oponyi.

Derrochó gran parte de su patrimonio en Viena, gastando locamente el dinero, y cuando vió que la miseria le amenazaba, se casó con una heredera riquísima, que se había enamorado, más que de su cara ó de su figura, porque no era ni guapo ni buen mozo, de su audacia incontrastable y de su naturaleza de hierro que le hacía aparecer superior á los demás hombres.

Del conde Juan Fedjatz es aquel rasgo que cuenta un estilista francés como propio de uno de los héroes de sus novelas.

Se daba una gran cena, á la cual estaba invitado el conde. Llegó cuando los comensales casi acababan los últimos platos. Todos estaban ya algo alegres.

—Ha venido tarde para no beber—dijo una voz burlesca.

Oponyi oyó aquellas palabras. Sin contestar llamó á un criado que á la sazón servía vino de Syracuse, y presentándole un inmenso búcaro de plata, del que arrojó el agua y las flores, se lo hizo llenar de vino, lo bebió de un trago entre el general asombro, y luego, sonriente y alegre:

—Ea, señores—dijo—ya estamos iguales; permitidme ahora que coma.

Y comió con apetito y bebió como un temporal, y después de seis horas de orgía desenfrenada, volvió á pie á su casa, sin tambalearse, sin sentir malestar.

Otra vez, cuando aún era rico y soltero, en un viaje que hizo de Inglaterra á los Estados Unidos, naufragó el buque en que iba. La mayoría de los pasajeros perecieron. Salvóse de momento en una barquilla junto con cinco marineros. Estaban cerca de las costas de Terranova. Durante tres días permanecieron sin comer ni beber. El cuarto día arreció de tal modo el temporal, que se volcó la barca y á su quilla sólo pudo agarrarse el húngaro. Sus compañeros perecieron. Salvado al cabo de dos días más, por un vapor, apesar del hambre que tenía, se negó á comer hasta que hubo tomado un baño, pues dijo que nada hay tan antihigiénico como la suciedad.

Por estos dos rasgos se comprenderá qué clase de hombre era el conde de Oponyi.

Apenas casado, dió una vida infernal á su mujer. Y él, que jamás se había enamorado, lo quedó como un lila de una de las camareras de su esposa.

Descubrió ésta el enredo; descubrió el conde una infidelidad de su adorada, y loco de rabia y de celos, mandó cerrar las puertas del castillo; pególe fuego, y entre las llamas perecieron todos sus habitantes, todos menos él, que fué salvado por los vecinos. Herido, medio tostado, al cabo de dos meses estaba sano y fuerte, pero arruinado.

Dinero, títulos, todo había desaparecido en la inmensa hoguera. Quedábanle propiedades territoriales. Las vendió. Jugó el importe de ellas, y á los veintisiete años quedó pobre como una rata, enemistado con toda su familia, sin saber cómo arreglárselas. Marchó á Prusia. Tomó parte en los combates de 1848. Ascendió á comandante. Su carrera parecía hecha. Un día provocó á su coronel; lo dejó atravesado de parte á parte en un campo. Y él atravesó la frontera rusa.

En Rusia fué soldado también. Admitido como capitán, ascendió rápidamente durante la guerra de Crimea; se distinguió en Alma; dejóle por muerto en Balaklava. Marchó á Asia después de la campaña; gobernó una provincia en Siberia; pero tales horrores hizo, que tuvo que escapar á la India.

Allí hizo de mulatero, de soldado. Luchó en favor y en contra de los ingleses. Pero aquella existencia le aburría y fuése á Londres. Jugó el poco dinero que tenía y ganó mucho. Durante cuatro años llevó una vida de príncipe. Luchaba entonces Hungría contra Austria.

Fué á su patria, fué á su condado. Inflamó el entusiasmo de sus antiguos servidores y colonos, y á los pocos días tenía una compañía; á los pocos meses mandaba un batallón.

En Dográn fué él quien derrotó á los rusos, y les hizo la más espantosa carnicería de toda la campaña. En Biangty salvó de un desastre á sus compatriotas, resistiendo media hora el ataque de fuerzas decuplicadas.

Acabó la campaña. Se expatrió Kossuth. Oponyi le acompañó al destierro, y después, como no tenía dinero, sentó plaza de marino. Durante dos años visitó todos los países del globo. En 1870 fué *franc-tireur* en Francia. En 1876 se batió á las órdenes de Osmán Bajá contra los rusos. En 1881 tenía una granja en Australia. En 1885 era ganadero en la Argentina.

Había conseguido una fortuna bastante grande en Louisville, cuando le avisaron que había muerto en Budapest un tío suyo que dejaba una fortuna inmensa. Volvió á su patria, y en ella ha muerto, después de haber tomado parte en siete grandes guerras, haber ganado y perdido muchas fortunas, naufragado cuatro veces y haberse hallado más de mil en trance de muerte. Bien merecido tiene Juan Fedjatz Oponyi el descanso de que ahora goza.

MARCO POLO.

Noticias locales

Por motivos de salud ha dejado la dirección de *El Porvenir* nuestro querido amigo don José Inigo Romero.

La *Gaceta* anuncia las siguientes cátedras vacantes.

La de Agricultura del Instituto de Córdoba. En el Instituto de Soria la cátedra de Física y Química, dotada con el sueldo anual de 3,000 pesetas.

Con arreglo á lo dispuesto en los artículos 13 del real decreto de 27 de Julio y segundo y tercero del de 18 de Septiembre últimos y real orden de esta fecha, se anuncia previamente á concurso, al que podrán aspirar los catedráticos